

LECCION VIGESIMA.

CASA DE BORBON.—GUERRA DE INDEPENDENCIA.—VIREYES DE LA NUEVA ESPAÑA.

Conducta del virey Lizana.—Conspiracion de Valladolid.—Gobierno de la Real Audiencia (8 á 14 de Mayo de 1810).—Venegas, 58º virey.—Grito de Dolores.—San Miguel el Grande.—Granaditas, saqueo.

En circunstancias bien difíciles se encargaba del poder el Sr. Arzobispo Lizana; la autoridad vireinal habia recibido un terrible golpe con la prision de Iturrigaray. Los españoles serviles, más que nunca soberbios con sus triunfos, tenian exigencias violentas y aspiraban á que el virey fuese instrumento de sus pasiones; el partido de Fernando VII conspiraba, y sus combinaciones se ocultaban en claustros y palacios.

El Valladolid germinó la idea de independencia con los Lics. Michelena, Soto y el capitan García Obeso, descubiertos y puestos en libertad con prudencia política. Los criollos, amigos de la independencia, se aleccionaban y aprovechaban las oportunidades para sus planes. El virey tomó el partido de los oprimidos, oponiéndose á toda persecucion injusta. Esto descontentó á los españoles, que procuraron su remocion y la lograron, aunque encubriéndose el desaire con enviarle al Arzobispo la cruz de Carlos III.

En el intervalo de seis dias que quedó vacante el vireinato, entró á gobernar la Audiencia. Este Cuerpo influyente dió nueva organizacion á sus trabajos para expeditarlos y creó una Junta de seguridad para juzgar reos políticos, quitando el conocimiento de estas causas al oidor Blaya que se habia hecho odioso por su suspicacia y crueldad.

El decreto de un préstamo de veinte millones de pesos y los preparativos para hacerlo efectivo, acabaron por exasperar

los ánimos y exacerbar el odio de los criollos contra sus dominadores.

Bajo tan tristes auspicios, tomó posesion del mando el nuevo virey D. Francisco Javier Venegas, jefe del ejército español que en la ultima guerra se habia dado á conocer con poca fortuna.

Como era natural, el nuevo virey fué objeto de temores y esperanzas, y trataron de atraerlo á sí los diversos partidos en que estaba dividido el país.

En el camino de Veracruz á México tuvo conocimiento, aunque confuso, de la revolucion que habia estallado en Dolores.

No bien tomó posesion del mando, previas las ceremonias de estilo, convocó una Junta de personas las más notables, que tuvo por objeto la lectura de la proclama de la Regencia que motivó el préstamo, y la mencion de los premios concedidos á los que promovieron y llevaron á cabo la deposicion de Iturrigaray. En los momentos en que se celebraba esta Junta, el grito de guerra se escuchaba en las montañas de Guanajuato, anunciando al mundo los primeros síntomas de vida de la independencia nacional. Busquemos y contemplemos en su origen esta gloriosa insurreccion.

Entre las ramificaciones de la conspiracion de Valladolid en que indudablemente figuraba el Sr. Hidalgo, se contaba Querétaro, con su corregidor D. Miguel Domínguez y la Sra. Dª Josefa Ortiz, que contando con la tolerancia debida á su sexo, protegía con ardor á los amigos de la independencia.

Los capitanes del Regimiento de la Reina, Allende y Abasolo, el Lic. Aldama y D. Joaquin Arias, residentes en San Miguel el Grande los dos primeros, y los últimos en Dolores y sus inmediaciones, se correspondian con los conspiradores de Querétaro, que celebraban sus reuniones con pretexto de juntas literarias. Algunos afirman que el Sr. Hidalgo no se decidía por que estallase el movimiento, haciéndolo aparecer como secundario en estas primeras tentativas; pero semejante supuesto no es creible por la importancia real del Cura Hidalgo, por la altura de su civilizacion y de sus dotes, por la influencia que le concedieron los que se consideraron como sus enemigos en primer término,

y porque á él y á sus planes se refirieron sus amigos y enemigos; ya para confesarse sus cómplices, ya para acriminarlo.

No se han fijado bastante en los celos que habia despertado Hidalgo, ni en la vigilancia y amonestaciones de la Inquisicion, ni en los encargos obtenidos á pesar de esas sospechas. Esto era más sensible que su conducta en su curato: dulce y humano, propagando entre los indígenas el cultivo de la vid, la fabricacion de loza, etc., que suponen cierta educacion y cierto orden de ideas excepcionales en aquel tiempo, y por último, el irreprochable juicio de Riaño, que dió suma importancia á la revolucion luego que supo que Hidalgo la dirigia.

Nació D. Miguel Hidalgo y Costilla en 1747, en el pueblo de Cuitzeo de los Naranjos, de la provincia de Guanajuato; hizo sus estudios con bastante aprovechamiento, y despues de haber servido varios puestos honrosos, desempeñaba el cargo de Cura de Dolores.

Relacionóse con Allende, Abasolo y Aldama; hizo entrar en sus confianzas á Garrido, sargento influyente entre sus soldados, y considerado como director del futuro movimiento, estaba en acecho de un momento que fuese propicio.

Don Joaquin Arias, sobrecogido de temor, denunció la conspiracion; lo habian hecho sin duda algunas otras personas, como D. Mariano Galvan, empleado en el correo, y otros. Alarmados los corregidores de tal publicidad, porque al fin eran cómplices, dieron parte al virey; pero la Sra. Ortiz envió un expreso á Allende y á Aldama, los que sin pérdida de momento se dirigieron al Cura Hidalgo. Entre las varias delaciones la más importante y la que yo tengo por decisiva, fué la del Alcalde ordinario de Querétaro, D. Juan Ochoa, quien menciona á los conspiradores Altamirano, Lazo de la Vega, Capitan Arias y otros, poniendo á Hidalgo en primer término como autor y alma de la Independencia, por más que las malas pasiones le hayan querido quitar esos títulos indisputables.

En cuanto á los mandarines de México, creyeron, como es de rutina en todos los gobernantes tiranos y estúpidos, que con el empleo de la fuerza y algunas prisiones todo quedaba concluido.

noticia enviada por la Sra. Domínguez llegó á Aldama, y Allende estaba en Dolores. Corrió á dicho punto, donde el 16 á las dos de la mañana; habló con Hidalgo y con Allende, diciendo el primero sin un momento de vacilacion: "No queda más remedio que ir á coger gachupines;" y resolvió al instante, con la expectativa de un sacrificio heróico, y uniéndose él, y solo él, el título de padre de la independencia, levantar el estandarte de la revolucion.

Dirigióse á la cárcel, libertó á los reos, se rodeó de serenos y algunos infelices, y habló en aquella reunion de los avances de los franceses, del mal gobierno y de todo lo que creyó conveniente para exaltar los ánimos, vitoreándose la independencia á la Virgen de Guadalupe, á Fernando VII, y gritándose "muera á los gachupines y muera el mal gobierno." Al amanecer del 17, al estupendo del suceso, la hora, el toque de campanas, alaridos, antorchas que se encendieron, y las explosiones de ira ó de entusiasmo, trajeron el desorden, el saqueo á algunas casas de escuelas, y la confusion consiguiente.

Dirigido de una multitud tumultuosa, ébria de júbilo, mal armada con hondas, palos, machetes y fusiles, se dirigió en busca de San Miguel el Grande, con sus compañeros, adonde llegaron al anochecer del 16.

Despoblábanse las rancherías; peones, niños, mujeres, ancianos, á pié, á caballo, en mulas y en asnos, todos seguian en tropel á los caudillos del pueblo gritando vivas, desfogando cóleras, prorumpiendo en desahogos no para explicados, contra la dominacion española y á favor de Fernando VII; en una palabra, todos los delirios de la venganza, el fanatismo y la barbarie, y todos los instintos de la libertad y del derecho.

Verificáronse en San Miguel algunas prisiones de españoles, unióse á Hidalgo allí el Regimiento de la Reina, de que eran capitanes Allende, Aldama y Abasolo, y partió para Celaya direccion á Guanajuato.

En Atotonilco tomó la bandera blanca de un templo que tenia en su centro la Virgen de Guadalupe, y al vitoriarla, el pueblo completó el grito de "¡Viva la Virgen de Guadalupe y

CAPILLA ALFONSO

y porque á él y á sus planes se refirieron sus amigos y enemigos ya para confesarse sus cómplices, ya para acriminarlo.

No se han fijado bastante en los celos que habia despertado Hidalgo, ni en la vigilancia y amonestaciones de la Inquisicion, ni en los encargos obtenidos á pesar de esas sospechas. Esto era más sensible que su conducta en su curato: dulce y humano, propagando entre los indígenas el cultivo de la vid, la fabricacion de loza, etc., que suponen cierta educacion y cierto orden de ideas excepcionales en aquel tiempo, y por último, el irreprochable juicio de Riaño, que dió suma importancia á la revolucion luego que supo que Hidalgo la dirigia.

Nació D. Miguel Hidalgo y Costilla en 1747, en el pueblo de Cuitzeo de los Naranjos, de la provincia de Guanajuato; hizo sus estudios con bastante aprovechamiento, y despues de haber servido varios puestos honrosos, desempeñaba el cargo de Cura de Dolores.

Relacionóse con Allende, Abasolo y Aldama; hizo entrar en sus confianzas á Garrido, sargento influyente entre sus soldados, y considerado como director del futuro movimiento, estaba en acecho de un momento que fuese propicio.

Don Joaquin Arias, sobrecogido de temor, denunció la conspiracion; lo habian hecho sin duda algunas otras personas, como D. Mariano Galvan, empleado en el correo, y otros. Alarmados los correjidores de tal publicidad, porque al fin eran cómplices, dieron parte al virey; pero la Sra. Ortiz envió un expreso á Allende y á Aldama, los que sin pérdida de momento se dirigieron al Cura Hidalgo. Entre las varias delaciones la más importante y la que yo tengo por decisiva, fué la del Alcalde ordinario de Querétaro, D. Juan Ochoa, quien menciona á los conspiradores Altamirano, Lazo de la Vega, Capitan Arias y otros, poniendo á Hidalgo en primer término como autor y alma de la Independencia, por más que las malas pasiones le hayan querido quitar esos títulos indisputables.

En cuanto á los mandarines de México, creyeron, como es de rutina en todos los gobernantes tiranos y estúpidos, que con el empleo de la fuerza y algunas prisiones todo quedaba concluido.

La noticia enviada por la Sra. Domínguez llegó á Aldama, porque Allende estaba en Dolores. Corrió á dicho punto, donde llegó el 16 á las dos de la mañana; habló con Hidalgo y con Allende, diciendo el primero sin un momento de vacilacion: "No queda más remedio que ir á coger gachupines;" y resolvió en aquel instante, con la expectativa de un sacrificio heroico, y confiriéndose él, y solo él, el título de padre de la independencia, levantar el estandarte de la revolucion.

Dirigióse á la cárcel, libertó á los reos, se rodeó de serenos y de algunos infelices, y habló en aquella reunion de los avances de los franceses, del mal gobierno y de todo lo que creyó conveniente para exaltar los ánimos, vitoreándose la independencia, á la Virgen de Guadalupe, á Fernando VII, y gritándose mueras á los gachupines y *muera el mal gobierno*.

Lo estupendo del suceso, la hora, el toque de campanas, algunas antorchas que se encendieron, y las explosiones de ira ó regocijo, trajeron el desorden, el saqueo á algunas casas de españoles, y la confusion consiguiente.

Rodeado de una multitud tumultuosa, ébria de júbilo, mal armada con hondas, palos, machetes y fusiles, se dirigió en triunfo á San Miguel el Grande, con sus compañeros, adonde llegó al anochecer del 16.

Despoblábanse las rancherías; peones, niños, mujeres, ancianos, á pié, á caballo, en mulas y en asnos, todos seguian en tropel á los caudillos del pueblo gritando vivas, desfogando cóleras, prorumpiendo en desahogos no para explicados, contra la dominacion española y á favor de Fernando VII; en una palabra, todos los delirios de la venganza, el fanatismo y la barbarie, y todos los instintos de la libertad y del derecho.

Verificáronse en San Miguel algunas prisiones de españoles, unióse á Hidalgo allí el Regimiento de la Reina, de que eran capitanes Allende, Aldama y Abasolo, y partió para Celaya direccion á Guanajuato.

En Atotonilco tomó la bandera blanca de un templo que tenia en su centro la Virgen de Guadalupe, y al vitoriarla, el pueblo completó el grito de "*¡Viva la Virgen de Guadalupe y*

mueran los gachupines!" como la fórmula de los sentimientos más prominentes en aquella multitud, el fanatismo y la venganza.

En Celaya fué proclamado el Sr. Hidalgo Capitan general de América.

La Intendencia de Guanajuato estaba mandada por Riaño, hombre caballeroso y leal, firme, y modelo de altas virtudes.

Riaño, al saber el movimiento de Dolores y que Hidalgo lo acaudillaba, le dió suma importancia, y así lo escribió á Calleja.

El 28 de Setiembre recibió la intimacion de Hidalgo para que se rindiese Guanajuato.

Antes habia deliberado sobre el punto en que deberia hacer resistencia, y resolvió encerrarse con familias, tesoros y elementos de guerra en la Alhóndiga de Granaditas, vasto edificio cuadrado y sin defensa, dominado por altas laderas de montañas, muy inadecuado para la resistencia.

A los enviados de Hidalgo, Abasolo y Camargo, el intendente contestó con suma entereza, y el ejército insurgente voló sobre Guanajuato.

Aquel tropel inmenso, aquellas chusmas de indios y mestizos desarmados, rancheros decididos, niños, mujeres, etc., etc., se precipitaron como torrente, inundaron caminos y plazas, horriguearon en barrancos y alturas, ciñeron, anegaron en gente los alrededores de Granaditas.

El Mayor D. Diego Berzábal, el Sr. Lic. Valdés y otros esforzados realistas sostuvieron los primeros choques.

Metrala, piedras, fuego, rabia y frenesí se desataron por todas partes, sucumbiendo el noble intendente Riaño en su puesto y como un héroe.

Un hombre oscurísimo del pueblo, llamado por apodo *Pipila*, en lo más encarnizado de la refriega se puso una losa en la espalda, empuñó una tea é incendió la puerta de la Alhóndiga; el fuego derramó sus llamas sobre el edificio, y aumentó el terror.

La carnicería fué espantosa. Riaño murió en la accion dando ejemplo de honor y de bravura. Los indios se vengaban en

Granaditas, de la conquista; parecia que veian entre las llamas á Pedro de Alvarado y á Nuño de Guzman.

El saqueo, la muerte y toda clase de horrores se desencadenaron sobre Guanajuato.

Hidalgo quiso en vano restablecer el orden por medio de un bando que publicó el 30 de Setiembre.

Dió algunas disposiciones acertadas de gobierno, mandó acuñar moneda, fundir cañones, y en sus conferencias mostró no sólo cordura, sino dotes que le atraieron importantes partidarios.

La fama del nombre de Hidalgo y de los insurgentes voló en alas del relámpago, conmoviendo todas las provincias, y desde los pueblos más remotos acudieron gentes á ofrecer á Hidalgo sus servicios y su vida.

El virey, con las noticias de los avances de Hidalgo, ni se aturdió ni perdió momento para poner en estado de defensa la capital.

Dispuso, desentendiéndose de las fanfarronadas de los aduladores, que viniesen á México los Regimientos provinciales de Tres Villas y Puebla, dejando acantonadas en Oaxaca las fuerzas de Tlaxcala.

Mandó subir á México los soldados de marina de la fragata *Atocha*, con el capitan de navío D. Rosendo Portier, y entre sus oficiales se contaba D. Pedro Celestino Negrete.

Ordenó Venegas, con toda energía, á Calleja que residia en San Luis Potosí, marchase á perseguir las fuerzas indisciplinadas de Hidalgo: por último, confió á D. Manuel Flon, conde de la Cadena, intendente de Puebla, uno de los más hermosos Regimientos, lo que le convirtió á la causa de España.

La Iglesia y la Inquisicion, aliadas íntimamente con el virey, esgrimieron todas sus terribles armas espirituales contra los patriotas.

Calleja se dispuso á partir contra Hidalgo, exigiendo á sus tropas el juramento de fidelidad á Fernando VII, en San Luis Potosí, con desusada ceremonia.

Flon estaba en Querétaro para unirse á Calleja; allí publicó

una célebre proclama en que se jactaba de ir á pulverizar á la despreciable cuadrilla de malvados que mandaba Hidalgo, advirtiéndole á los habitantes de Querétaro, que si no se manejaban con cordura, volvería á hacer correr arroyos de sangre.

Calleja y Flon se reunieron en Dolores, y compitieron en iniquidades contra los pueblos indefensos.

Hidalgo permaneció en Guanajuato hasta el 10 de Octubre, al mando de 50,000 hombres. Allí invitó á Iturbide á que se le reuniese, é Iturbide rechazó las invitaciones de los insurgentes.

El 11 de Octubre partió Hidalgo para Valladolid, donde entró el 17; allí se le reunió el Regimiento de infantería provincial, y el 19 salió para Acámbaro con direccion á México. En aquella poblacion pasó revista á su ejército, que se componia de 80,000 hombres. Antes de partir de Valladolid, nombró intendente á D. José María de Anzorena, miembro de una familia notable. En Indaparapeo ó Charo se le presentó Morelos.

Pasó Hidalgo por Toluca sin detenerse en ella, siguiendo el camino de México: en el Monte de las Cruces hizo alto al frente de una brigada de observacion, mandada por el coronel D. Torcuato Trujillo, constante de 7,000 hombres, y en la que figuraba D. Agustín Iturbide.

La accion se empeñó entre el empuje desordenado y tumultuoso de chusmas mal armadas y medio salvajes, y fuerzas disciplinadas, dirigidas por jefes inteligentes y conocedores del arte militar. La matanza fué espantosa, y no obstante, dominaron los insurgentes, distinguiéndose Allende con prodigios de valor, lo mismo que Jiménez; y en el bando realista sobresaliendo Iturbide y Bringas, que murió peleando heroicamente.

La conducta de Trujillo fué pérfida y villana. Se jactaba de haber enarbolado bandera de paz solicitando parlamento, haciendo fuego sobre el enemigo, que vino confiado al llamamiento.

A la hora de la derrota abandonó sus fuerzas y se presentó, despavorido, con unos cuantos hombres en Santa Fe.

La alarma y la consternacion que se apoderaron de la capital fueron estupendas. Gritos, carreras, confusion y tumulto se veían

por todas partes; aprestos de marcha, rumores de sublevacion, etc.

En medio de su aturdimiento los próceres, para acudir á algun elemento popular, discurrieron sacar en procesion solemne á la Virgen de los Remedios, á la que colocaron en el altar mayor de Catedral, acercándose el virey á la imágen para conferirle el mando del país, poniéndole un baston en las manos y ciñéndole banda de generala.

La Virgen de Guadalupe y la de los Remedios venian á recordar, como dice Zavala, la guerra de los dioses.

Hidalgo llegó victorioso á la vista de Santa Fe, emprendiendo en seguida su retirada para el Interior, lo que en concepto de muchos equivalió á derrotarse, aumentando la desmoralizacion de su tropa y privándose de cuantiosos recursos, porque su entrada á México podria haber sido indefectible.

Los que defienden la conducta de Hidalgo, alegan la completa desmoralizacion de sus tropas, los grandes elementos que quedaban en México para una resistencia invencible, el inminente peligro de poner á sus fuerzas entre los fuegos de la plaza de México y los de Calleja y Flon que venian en su seguimiento, y los horrores, dado caso de penetrar en la ciudad, á que podian entregarse aquellas hordas, sedientas de riqueza y de venganza.

Contra la opinion de Allende y sembrando la discordia de pareceres gérmenes funestísimos de descontento, tomó Hidalgo el camino de Tierradentro que traian Calleja y Flon, avistándose las fuerzas cerca de Arroyozarco: Calleja, previsivo y con sus fuerzas disciplinadas y escogidas, se situó dividiéndose á la derecha en campo adecuado, y esperó á Hidalgo, porque veia las vacilaciones de sus tropas y temia por el éxito.

Los caudillos insurgentes, sin freno, plan ni disciplina, se lanzaron en tumulto sobre los enemigos en los llanos de Aculco, procurándose con su desórden una derrota que exageró, minitiendo, el jefe español, siendo así que más fué dispersion, porque sólo quedaron 85 muertos en el campo de batalla.

Calleja obtuvo con la victoria riquísimo botin y restableció la moral en México, haciendo más insolente al poder y arraigando